



DEL Este siempre llega un repelucio. O una perplejidad de brújula. Antes, de las democracias populares nos llegaban exclusivamente emisiones nocturnas en ondas cortas y agentes vendidos al oro de Moscú, que si vinieran ahora deberían ser como la reedición socialista de Gigi el Amoroso, por aquello de la campaña de «si notas que hay oro en tus manos» es que una de tres: o que eres de los de Sofico-Matesa-Reace-Hiconsas-Eurovosa, o que te has quedado con el manso o que el jefe tracatrá. Pero desde que Pepín Fernández y Ramón Areces inventaron la Unión Soviética en Galerías y Semana Polaca en El Corte Inglés, las democracias populares se nos meten por las entretelas del consumo, en la cesta del supermercado, que es una forma de infiltración mucho más ladina que la de los agentes que estropean el pasodoble y el güisqui final de celebración en la comisión negociadora del convenio colectivo. Del múltiparo Este, que a veces está en el Oeste, nos llegan ahora cosas riquí-

EL SOCIALISMO DE LAS LANGOSTAS



simas: la langosta capturada en Cuba y envasada para España especialmente en Alicante; la lata de cangrejo ruso; la botella de vino «Sangre de vaca», cosechada en Hungría; la raqueta de ping-pong importada de la Feria de Cantón; el bisté de ternera congelado en Polonia... Las perplejidades hacen temblar a más de cuatro mentes imperiales, como cuando sale por televisión el son

cubano de la señora en plan bueno anunciando los puros:

—María, pues cuando tienen a estas periquitas para anunciar los Montecristos y cuando hacen unas langostas congeladas tan buenas, aquello no debe ser tan malo, ¿no crees tú?

—Pero tonto, ¿no ves tú que los obreros de allí no comen langosta ni fuman Montecristos, que esto lo mandan por lo de las divisas?

Uno nunca sabe a qué carta quedarse. Por lo menos, hasta que la reacción universal no diga aquí estoy yo. Urge una Junta Militar que envase langosta chilena y vino tinto en cualquier punto de la Costa del Sol. Hace falta que una comisión de ex coroneles polacos ponga su salchichera en Segovia. Cuanto antes hay que montar en Alicante una planta para producir Alexanders Soljenitsins en serie. Sólo así sabremos que no todo el monte es orégano. Pero, mientras tanto, por aquí seguiremos con la ilusión del socialismo de las langostas. O incluso sin las langostas. ■ **BURGOS.**